

MANIFIESTO

Desde el principio de los tiempos, el hombre siempre ha sido un empedernido devorador de historias. Primero de viva voz, luego escritas, representadas en la plaza pública o desde un escenario. Hasta que llegó el cine y se convirtió en el más popular contador de historias, incluso para los analfabetos.

Sólo la curiosidad mantiene vivos a los hombres, deseosos siempre de que les cuenten algo. No es necesario que sean historias útiles o reales que casi siempre resultan aburridas, pues sólo cuando pierden la utilidad y la realidad se convierten en mágicas y sólo en la magia, en el misterio, radica el verdadero interés de un relato.

Plantearse la escritura de historias como un método para impartir doctrinas y formar conciencias, para influir en ella o resolver problemas, lleva a la antinovela.

Dice Umbral que la literatura, que primero explicaba el mundo, ahora se limita a testimoniario. Hemos perdido en eficacia lo que hemos ganado en perfección, hallazgo o gracia.

La cultura es juego, la historia es juego, todo se reduce a literatura donde la imaginación impera de la mano de Borges, Rufo, García Márquez, Cortazar, Carpentier, Lezama i El paso de Sartre a Borges supone el paso de la conciencia existencial –esperanzada o agnóstica- a la conciencia mundanal, regocijada o lúdica. Así es el siglo XXI que nos corresponderá vivir.

La buena literatura nos ayuda a evadirnos, huir, viajar, salir de la aburrida cotidianeidad en busca de la aventura.

Dichosos los que escriben en libertad forman una gran ONG en una tarea humanitaria de ayudar a la humanidad atrapada en un mar de indecisiones y frustraciones, ofreciéndoles el paraíso de la lectura.